



LENGUA Y POLITICA

Cuando la cotización de algunos términos —libertad, democracia, autonomía— está en alza, todos aspiran a usarlos y poseerlos, y comienza su desgaste.

—Cuando yo uso una palabra —dijo Humpty Dumpty, en tono algo despectivo—, esa palabra significa exactamente lo que yo decidí que significase... Ni más ni menos.

—El asunto es —dijo Alicia— si usted puede hacer que las palabras signifiquen tantas cosas distintas.

—El asunto es —replicó Humpty Dumpty— quién es el maestro aquí. Eso es todo.

(Lewis Carroll: *Alicia en el país del espejo*.)

COMO descubriera el genial Lewis Carroll, que sólo en apariencia escribió libros para niños (igual que Jonathan Swift o Mark Twain) en cuanto al significado de las palabras, lo único importante es saber quién es el que manda: las palabras significarán en relación al poder. El lenguaje es una conversación humana, un consenso; como codificación de signos sonoros surge porque el hombre vive en relación y son precisamente las características de esta relación las que imprimen su modalidad a la lengua. Cuando una sociedad modifica sus interrelaciones, el lenguaje se transforma, aunque a veces el discurso sea el mismo.

La democracia ha traído a España muchas novedades; los aspectos más lúdicos y llamativos ya los conocemos: Un aumento de la información y ciertas libertades que no impidieron, de todos modos, el juicio y condena de Els Joglars; trajo también un deseo de autoanálisis que no creó problemas (como a la derecha le gustaría hacer creer), sino que permite avizorarlos a veces entre las sombras de intereses que los encubre, alimenta y desarrolla. Esos problemas empiezan por ser nombrados, y el bautismo oral les confiere certificado de identidad, de existencia, porque la primera función del lenguaje es atestiguar conciencia. Todos los regímenes opresores tienen en común la convicción casi mágica de que el silencio es letal y opera sobre la realidad: creen que basta con no nombrar las cosas para que éstas

desaparezcan. La opresión tiene una fuerte base de irracionalidad, por eso se alimenta de mitos, necesita cultivar, al lado de los terrores reales de la opresión, los fantasmas apocalípticos que la puedan justificar: Después de mí el diluvio, el caos, el exterminio, sugirió el franquismo, como sugiere el pinochetismo, el videlismo. Líbranos de nuestros salvadores, han respondido, cuando han podido, los pueblos implicados.

La opresión pretende operar sobre la realidad no sólo condenando el silencio, sino ejercitando una retórica vacua y ornamental (tan estéril como los unánimes mastodontes de piedra que son concepción de la plástica, por ejemplo) y especialmente empleando eufemismos, cuya función es ocultar, a través del lenguaje, la realidad. Así, "apremios físicos" sustituye siempre en la retórica de la opresión a la tortura brutal; "orden" significa represión, "seguridad de la nación" quiere decir seguridad de la clase dominante, como nación quiere decir poder. Sagrados intereses del pueblo suelen ser los de las compañías extranjeras y sistema de vida occidental y cristiano significa explotación, injusticia, desigualdad.

Por una paradoja derivada precisamente de su origen social (o sea, político), el lenguaje, nacido primitivamente como medio de comunicación y de expresión, puede convertirse en su opuesto: una manera de ocultar, de disimular, de disfrazar las cosas, los seres y sus relaciones. Porque ya no alcanza con nombrar los objetos y los conceptos, se hace necesaria la adjetivación, y aun ésta no es suficiente a veces para precisar la índole de los fenómenos. Las palabras son artículos de consumo, y este valor (como enseñara Marx) en las sociedades capitalistas sustituye al valor de uso. Las palabras tienen vida propia: nacen y mueren, pero mientras dura su vida están sometidas a las leyes de mercado, que son las leyes de los que mandan. Así, por temporadas (según quién es el maestro, diría Humpty Dumpty), se revalorizan, ganan prestigio: entonces todo el mundo quiere emplearlas, porque el valor de las palabras es trans-

ferible: nos rozañ con su poder, pueden transmitirnos su fuerza. Pero por una ley inmutable, cuando la cotización de algunos términos (libertad, democracia, occidental, cristiano, pueblo, autonomía, revolución, etcétera) se encuentra en alza y todos aspiran a usarlas y poseerlas, comienza el desgaste; el consumo sustituye al uso y cada vez se vuelven más vacuas, menos precisas, más confusas y retóricas. La adjetivación o los derivados vienen a auxiliarlas, porque ya solas no alcanzan a significar de manera suficiente; así, libertad es manipulada de modo que su contenido y su capacidad de representación la transformen en libertinaje, desorden o caos; democracia queda reducida a una muletilla y es necesario acompañarla: democracia auténtica, verdadera, real; pueblo es una masa informe utilizada con cualquier interés (pueblo son siempre los otros a quienes representamos) y cristiano se hace acreedor a numerosas especificaciones: legítimo, falso, formal, ferviente, etcétera.

Palabras que hace poco estaban a la sombra, prisioneras, ocultas, como capaces de desencadenar males irremediables, de pronto asomaron a la superficie cuando el cambio de las relaciones sociales y políticas les confirió derechos; pronunciadas débilmente al principio, cuando se dejó de temerlas, comenzó su explotación; los que antes no las pronunciaban pero las deseaban y habían luchado por ellas comenzaron a emplearlas, pero no bien se intuyó que eran prestigiosas, que gozaban de estima social, otros también las emplearon, aunque con significado diverso.

Claro que la confusión aparente de la lengua no es intrínseca, y la claridad se restaura cuando precisamente la democracia deja de ser una metáfora, un continente vacío, porque si democracia es gobierno del pueblo, éste es el que manda y establece el significado de las palabras, qué quiere decir orden, seguridad, intereses ciudadanos, las "grandes personalidades" de las que habla Fraga y seguramente podrá enseñarle a Videla quiénes son los presos políticos, esos que para él no existen porque son delincuentes comunes.

Indudablemente, el lenguaje es un bien comunitario; por lo tanto, puede ser manipulado, estafado, dilapidado. Se puede especular con él y prostituirlo, pero se puede luchar para conferirle toda su dignidad, que consiste en su adecuación a la función primera: nombrar las cosas, iluminar el mundo, comunicarnos, expresarnos. Democracia será siempre gobierno del pueblo, y una nación (España, Argentina, Chile, Uruguay) será cristiana si en su seno se cumplen las leyes de Cristo, por más al Occidente que se encuentre. Y los fariseos serán para siempre los hipócritas. ■